

José Ortega y Gasset

# El Espectador V y VI



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© *El Espectador V y VI* (1927). Herederos de José Ortega y Gasset  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-919-7  
Depósito legal: M. 23.688-2017  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9 Nota preliminar

## EL ESPECTADOR V (1927)

- 17 Notas del vago estío
- 17 I. En el viaje
- 21 II. Soportales y lluvia
- 22 Nuestra señora del Harnero
- 26 III. Gestos de castillos
- 29 IV. Ideas de los castillos
- 33 V. Ideas de los castillos: liberalismo  
y democracia
- 38 VI. Ideas de los castillos: espíritu guerrero
- 42 VII. Ideas de los castillos: la muerte como  
creación
- 47 VIII. Ideas de los castillos: honor y contrato
- 49 El deporte de los ideales
- 52 IX. Ideas de los castillos: los criados
- 56 X. Sigue el viaje: Cantabria o ¡venga escudos!
- 60 XI. Santillana del Mar: antes de entrar  
en la cueva
- 65 XII. Santillana del Mar: la sombra mágica  
de la varita
- 70 XIII. En la playa
- 71 En el *Bar Basque*

- 75 Vitalidad, alma, espíritu  
75 I.  
81 II. Del intracuerpo  
90 III. Espíritu y alma  
97 IV. Ciencia, orgía y alma  
102 V. El alma como excentricidad  
105 Geometría sentimental  
108 VI. Para una caracterología  
121 Fraseología y sinceridad

#### EL ESPECTADOR VI (1927)

- 139 Dios a la vista  
145 Sobre el fascismo  
145 I. Contorno y dintorno  
151 II. Ilegitimidad  
159 Destinos diferentes  
165 En el desierto, un león más  
171 Para un Museo Romántico (Conferencia)  
187 La interpretación bélica de la historia  
205 Sobre la muerte de Roma  
223 Nuevas casas antiguas  
229 Meditación del Escorial  
229 En el paisaje  
231 A la mayor gloria de Dios  
232 La manera grande  
234 Tratado del esfuerzo puro  
236 El coraje, Sancho Panza y Fichte  
239 La melancolía

## Nota preliminar

La variedad de artículos periodísticos de *El Espectador* conjuga la tradición de la escuela socrática y de Herodoto con las corrientes de difusión cultural del siglo xx. De esta coincidencia surge la idea de meditación mediática, con la estrategia de remanso frente a la acción política, no como una retirada sino más bien como necesidad. Los textos de *El Espectador* son un adelanto a la crónica de finales del siglo pasado, en sintonía con aquella aproximación orteguiana de acercar la teoría a los ciudadanos de a pie. Detrás de sus títulos y de sus párrafos se halla una visión crítica que se compromete reposadamente con su circunstancia y que la asume para salvarla. En las reflexiones previas de 1916 al primer volumen de *El Espectador*, Ortega decía que «la vida española nos obliga, queramos o no, a la acción política. El inmediato porvenir, tiempo de sociales hervores, nos forzarán a ella con mayor violencia. Precisamente por eso yo necesito

acotar una parte de mí mismo para la contemplación». Un ejemplo sugerente es que los textos de *El Espectador V* se escribieron y publicaron inicialmente entre julio de 1925 y abril de 1927, pero de forma paralela Ortega sigue escribiendo textos diversos como por ejemplo la serie de trabajos sobre «Maura o la política», que publicó en *El Sol* en 1925, o el ensayo *Mirabeau o el político*, cuyo germen se encuentra también en las páginas del mismo diario en 1927. Estas dos colecciones son una manifestación de aquella «acción política» que se retrotrae en *El Espectador*: una serie de meditaciones personales allende de la vida gubernativa. Los textos de *El Espectador V* y *VI* son artículos de alguna manera transatlánticos porque se publican en el madrileño *El Sol* y en muchos casos se replican en el bonaerense *La Nación*.

Todo parece indicar que *El Espectador V* vio la luz en 1927, a pesar que en la primera edición figura 1926: en el número de noviembre de 1926 de la *Revista de Occidente*, se hace referencia a *El Espectador V*, que «en breve aparecerá», y «Fraseología y sinceridad», incluido también en *El Espectador V*, se publicó en *El Sol* los días 24 de febrero y el 10 de marzo de 1927 (y en *La Nación*, de Buenos Aires, el 13 de marzo y el 17 de abril de ese mismo año) sin mención a que estos artículos procedieran de *El Espectador* como sucede en otros casos cuya publicación en la prensa es posterior a su recogida en el libro, por lo que todo indica que la primera edición de este volumen se produjo en 1927. Además de este texto, *El Espectador V* recoge la serie «Notas del vago estío», compuesta de trece artículos que se publicaron en *El Sol* desde julio hasta octubre de 1925; y «Vitalidad, alma, espíritu», que vio la

luz en *El Sol* en varias entregas los días 24 y 30 de mayo, y 2, 5 y 12 de julio de 1925. En la versión de *El Espectador*, esta serie se completó con el ensayo «Para una caracterología», publicado en *Revista de Occidente* en noviembre de 1926.

*El Espectador VI*, editado también en 1927, recoge textos que se publicaron previamente en la prensa entre 1909 y 1927, aunque el grueso de los mismos apareció en el periodo del 25 al 27. Encontramos: «Dios a la vista», publicado en *El Sol* el 26 de noviembre de 1926 y luego reproducido en *La Nación*, de Buenos Aires, el 9 de enero de 1927; «Sobre el fascismo», que salió en dos entregas el 25 y 26 de febrero de 1925 en *El Sol*; «Destinos diferentes» fue publicado inicialmente en *El Sol* el 2 de julio de 1926; «En el desierto, un león más» se publicó en *El Sol* el 12 de noviembre de 1926 y luego en *La Nación* el 5 de diciembre del mismo año; «Para un Museo Romántico» aparecido en dos entregas de *El Sol* el 8 y el 16 de diciembre de 1921, y en la monografía *Para un Museo Romántico* (Madrid, Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, 1922), recogía la conferencia que Ortega pronunció en el citado Museo el 24 de noviembre de 1921; «La interpretación bélica de la historia» apareció en tres entregas en *El Sol* el 3, el 7 y el 24 de octubre de 1925 y asimismo en *La Nación* los días 4 y 11 de octubre y 1 de noviembre de 1925; «Sobre la muerte de Roma» también se publicó en tres partes el 25 y 26 de agosto y el 2 de septiembre de 1926; «Nuevas casas antiguas» salió en *El Sol* el 3 de diciembre de 1926 y el 19 del mismo mes en *La Nación* bonaerense. El último texto de los recogidos en *El Espectador VI*, «Meditación del Escorial»,

tiene una historia editorial más compleja: con el título «Meditaciones del Escorial. Tratado del esfuerzo», se publicó originalmente en *El Imparcial* el 22 de mayo de 1909; con algunos añadidos, volvió a reproducirse, ahora con el título «Diario de un español. Una meditación del Escorial», en *La Prensa*, de Buenos Aires, el 29 de abril de 1913; y finalmente con el título «Guía espiritual de España. El Monasterio», en la revista *España* el 9 de abril de 1915, que recogía la conferencia «Meditación del Escorial» que el 4 de abril de 1915 Ortega dio en el Ateneo de Madrid dentro de un ciclo denominado «Guía espiritual de España».

Los volúmenes de esta «Biblioteca de autor José Ortega y Gasset» presentan un texto nacido del trabajo filosófico, filológico e historiográfico del equipo del Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón. La investigación se ha desarrollado durante más de una década y ha permitido depurar malas lecturas y erratas de ediciones anteriores, al tiempo que se han descubierto numerosos textos desconocidos, algunos de los cuales no se habían vuelto a publicar desde su primera edición y otros eran inéditos; en ambos casos, enriquecen esta «Biblioteca».

Se ofrece al lector el texto según la última versión que el autor publicó. En el caso de la obra editada de forma póstuma, se sigue el manuscrito más próximo a una versión definitiva. El exhaustivo análisis de los testimonios conservados en el archivo del filósofo ha permitido una fijación textual que en numerosos casos difiere de las ediciones anteriores. Se ha respetado esencialmente la



puntuación del propio Ortega, aunque se ha revisado en el caso de la obra póstuma. Se conservan los rasgos estilísticos del autor –como por ejemplo su reconocible «rigoroso» frente al más común «riguroso»–, los resaltes expresivos y particularidades morfosintácticas de su uso lingüístico (mayúsculas para remarcar un concepto, concordancias *ad sensum*, léismos, laísmos), así como las distintas grafías en nombres de personas y lugares.

En la medida de lo posible, se evita la intervención de los editores en el texto, de modo que se mantiene la versión original incluso cuando se ha detectado algún lapsus –generalmente de precisión de una fuente al citar el autor de memoria. No se pretende dar un texto perfeccionado sino aquel que Ortega entregó a las prensas o en el que trabajaba para su publicación si nos referimos a la obra que dejó inédita. Los añadidos de los editores van siempre entre corchetes, así como los títulos que no son originales del filósofo. Las notas al pie de los editores se indican con \*.

En la edición de los textos del presente volumen han participado Carmen Asenjo Pinilla, Iván Caja Hernández-Ranera, Isabel Ferreiro Lavedán, Ángel Pérez Martínez y Javier Zamora Bonilla quienes agradecen el trabajo de investigación y fijación textual previo de sus compañeros Ignacio Blanco Alfonso, José Ramón Carriazo Ruiz, Iñaki Gabaráin Gaztelumendi, Azucena López Cobo y Juan Padilla Moreno.



El Espectador V  
(1927)



# Notas del vago estío

## I

### EN EL VIAJE

La gran delicia, rodar por los caminitos de Castilla! Como la tierra está tan desnuda, se ve a los caminos en cueros ceñirse a las ondulaciones del planeta. Se lanzan de cabeza, audazmente, por el barranco abajo, y luego, de un gran brinco elástico, ganan el frontero alcor y se adivina que siguen su ruta cantando alegremente no se sabe qué juventud inalterable adscrita a ellos. Hay momentos en que sobre los anchos paisajes, amarillos y rojos, parecen la larga firma del pintor.

En medio de la incesante variación de los campos a uno y otro lado, son ellos la virtuosa continuidad. Siempre idénticos a sí mismos, se anudan a las piedras de los

kilómetros, dóciles a la Dirección de Obras Públicas, y así atan los paisajes unos a otros, amarran bien los trozos de cada provincia, y luego a éstas entre sí, formando el gran tapiz de España. Si una noche desapareciesen; si alguien, avieso, los sustrajera, quedaría España confundida, hecha una masa informe, encerrada cada gleba dentro de sí, de espaldas a las demás, bárbara e intratable. La red de los caminitos es el sistema venoso de la nación que unifica y, a la vez, hace circular por todo el cuerpo una única espiritualidad. Esto se ha dicho muchas veces en los Tratados de economía política, y le sorprende a uno, de pronto, sentir que por casualidad tienen razón.

Pero tienen también los caminos sus sufrimientos, morales unos, corporales otros. Así, de pronto, un camino se encuentra con otros dos o tres –la encrucijada, el trivio o cuadrivio. ¿Qué hacer? ¿Qué camino tomará el camino? ¡Es tan penosa la perplejidad! Uno de los hombres más sabios que ha habido en Israel (este otoño he de hablar sobre tan egregia figura en su patria: Córdoba), el gran Maimónides, compuso una obra famosa, resumen de toda esencial sabiduría, que tituló *Guía de los perplejos*. ¡Claro! Una de las cosas más terribles de la vida es la vacilación, tener que decidirse ante muchas posibilidades iguales. La razón, cuanto más trabaja entonces, más se hunde en la perplejidad y más descubre, sea dicho con todo respeto, el fondo de asno de Buridán que hay en ella. Así, en nuestra existencia, nos ha acaecido varias veces. Es preciso un golpe cordial de aventura, la «apuesta» de Pascal, y ponerse en la encrucijada a jugar a cara o cruz.

En cuanto a los sufrimientos físicos, hay uno agudo, terrible. Va tan tranquilo el caminito de tierra, y de re-

pende –¡zas!– el camino de hierro lo atraviesa. Es cuestión de un instante, pero muy dolorosa, muy quirúrgica. Es una doble inyección de hierro que perfora el cuerpo del camino de tierra, lo traspasa de parte a parte. El pobre camino queda para siempre enfermo de aquel sitio, y es preciso entablillararlo con las dos vallas del paso a nivel y ponerle un practicante que vigile al lado. Con frecuencia, al pasar, vemos el trapo empapado en sangre que el practicante agita en señal de peligro.

Etcétera..., etcétera.

Una *panne*. Es en la tierra alta que tras el puerto va hasta Ávila. El área amarilla de los trigales queda interrumpida brutalmente por unos gigantescos montones de rocas cárdenas. El contraste entre el dorado voluptuoso de la mies y el áspero cariz de las peñas lívidas, tan abruptas y súbitas, tan injustificadas e incomprensibles, pone destempe en el ánimo. No sabe uno si estas peñas han sido vomitadas por la tierra o han caído de lo alto como sólidas maldiciones.

Mientras el mecánico trabaja, súcubo bajo la panza del coche, y yo me irrito contra el destino, y el sol nos foguea cruelmente, los dos niños que van conmigo desaparecen. ¿Dónde habrán ido los niños en la inmensa soledad del paisaje? Recuerdo el *haikai* del niño que se ha muerto:

*¿Dónde habrá ido hoy a cazar  
el pequeño cazador de libélulas?*

Y lo torvo del escenario actúa con breves escalofríos en la medula.

Pero los niños aparecen pronto, allá lejos, en la cima de uno de aquellos castillos de rocas, dando gritos alegres, moviendo al viento las menudas aspas de sus brazos... Suben y bajan por la piel áspera de las peñas, se esconden, reaparecen, se disparan flechas imaginarias y hacen el indio bajo el cielo íntegro.

El mundo es materia blanda y plástica para la enorme vitalidad del niño, que, en un momento, ha hecho de las rocas atroces un juguete magnífico. Es, tal vez, un poco inadecuada nuestra ternura ante la infancia. Más propio fuera lo inverso: que ellos nos mirasen con ternura porque la vida pierde ya vigor en nosotros. Pero ellos... Envidia, espanto, sobrecogimiento inspira la fuerza vital del niño que tiene fauces gigantes, se traga los paisajes y las angustias mayores alegremente, y con un gesto de divina elegancia toma en su mano estas enormes piedras cárdenas y fabrica con ellas un juguete delicado.

Poco más allá, Martín Muñoz de las Posadas –un pueblo lleno de viejas cosas interesantes. La Patrona del Municipio es la Virgen bajo una extraña advocación: *Nuestra Señora del Desprecio*.

Tierra de Campos. Mieses, mieses maduras. Por todas partes oro cereal, que el viento hace ondear marinamente. Náufragos en él, los segadores, bajo el sol tórrido, bracean para ganar la ribera azul del horizonte.



## II

### SOPORTALES Y LLUVIA

En la vida española ha debido haber una época magnífica: la época en que se construyen las grandes plazas con soportales, a que, en algunas villas, siguen calles enteras cubiertas. Nos es tan familiar esta prócer imagen del pasado que no reparamos bien en su magnificencia. Al menos, yo confieso no haber, hasta ahora, caído en la cuenta de lo que esta idea urbana significa y del esfuerzo que su ejecución representa. Me pregunto si la época actual, no obstante sus pretensiones de riqueza y prurito de lo confortable, puede hacer alarde de nada semejante.

El coste de la obra era enorme para aquel tiempo. Los soberbios fustes de las columnas daban a todas las casas porte de palacios y obligaban a una construcción en saliente, dificultosa y cara. Pero, además, en los lugares de la ciudad donde el terreno valía más, se renunciaba a una parte de él para convertirlo en vía pública.

Como idea implica suavidades de alma hoy imposibles. Suponía el acuerdo y común sacrificio de todos los propietarios en beneficio de una abstracción, que es la urbe. Se aspiraba a hacer grata la rúa, asegurar el paseo, triunfar de la lluvia. En la ciudad, la lluvia es repugnante, porque es una injustificada invasión del cosmos, de la naturaleza primigenia en un recinto como el urbano, hecho precisamente para alejar lo cósmico y primario, fabricando un pequeño orbe extranatural. Lo que más nos sorprende del salvaje es que pueda, sin asco, vivir adherido a la naturaleza, tumbado en el lodo, en contacto con la sierpe y el sapo. Debió lle-

gar un tiempo de náuseas geniales que tabuizó la mitad del cosmos, tachándolo de repugnante. Y es curioso que este asco sublime actuó principalmente sobre lo húmedo. Los caribes brasileños, según el gran etnólogo Karl von der Steinen, no se separan uno de otro cuando dan suelta a sus pequeños menesteres. En general, parece recibir bastante confirmación la idea divinatória de Bachofen, que supone una edad primera de la cultura en que ésta exalta la naturaleza pantanosa donde vive. Es la época más torpe y oscura: se habita en palafitos sobre las aguas muertas, monstruosamente fecundas —planta, insecto, reptil, humanidad. Con el matriarcado predomina la mujer, fecunda y húmeda. Las divinidades son tristes, y toda la existencia humana exhala el aire denso y caliginoso de los fangales.

La ciudad es un ensayo de secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos, tomando de él sólo porciones selectas, pulidas y acotadas. Pero... llueve y el agua tiene un poder mágico de unir las cosas. La piel húmeda siente más el contacto de los objetos —por eso los mandarines, voluptuosamente, humedecen los dedos para gozarse en palpar bolas de jade. Al salir de casa, el chubasco repugnante nos vuelve a pegar al paisaje, y un vago estremecimiento, residuo tal vez de experiencias milenarias, nos recuerda la vida en los pantanos, la hora torva y sucia de la amistad con la sierpe y el sapo.

## NUESTRA SEÑORA DEL HARNERO

Sin embargo, en el campo la lluvia descende a veces con un prestigio deleitable. Yo conservo el recuerdo musical, casi beethoveniano, de una tormenta en Castilla.

Hace ya bastantes años, y la imagen se me ha estilizado en estampa. Recorría yo a lomo de mula la ruta del Cid, según ha sido reconstruida por nuestro maestro Menéndez Pidal, al hilo del viejo poema. De Medinaceli, donde parece que vivió el autor de la gesta venerable, me dirigía a Barahona de las Brujas. Es ésta la porción más alta de España y una de las más pobres. No hay apenas caminos. La rueda no se usa. Todo acarreo se hace a espalda animal, y triunfa el mulo romo, hijo de asna, que es, en efecto, un burro pulimentado, esbelto, fino de morro y de cabos.

No puedo ver estos mulitos romos, tan castizos, tan arcaicos, sin pensar que realizan casi el anhelo del gran Juan Ramón Jiménez, cuando preparaba la edición ilustrada de *Platero y Yo* –libro maravilloso, a la par sencillo y exquisito, humilde y estelar, que debía servir de premio infantil en todas las escuelas de España, si el Estado nuestro no fuese tan basto, tan ruin. El dibujante no lograba delinear un burro que fuese el soñado por el poeta, y el poeta amargamente se quejaba y le pedía que le hiciese un burro delicado, fino, grácil. «Yo quiero un burro de cristal» –suplicaba Juan Ramón al dibujante desolado. Pues bien, los mulitos romos son casi burros de cristal. Da gusto verlos por aquellas glebas pedregosas de Sierra Ministra, Miedes, Barcones, donde sólo llegan la oveja y el cardo, últimos habitantes de lo inhabitable.

Era tiempo de agosto, bochornoso, inquieto, y en aquella tierra fría aún se andaba en la recolección. Los pueblos estaban ceñidos por el cinturón dorado de las eras, donde las parvas relucían como joyas amarillas. A mediodía

llegué a Romanillos, una aldeíta náufraga en un mar de espigas. Entré en la posada para guarecerme del exceso solar. Por contraste con la radiación exterior, el zaguán parecía una fresca tiniebla. En cambio, desde lo oscuro, el portal era una pantalla de cinematógrafo harta de luz y vagamente irreal. Pasaban los labriegos por el camino, vestidos de calzón corto y pañuelo a la soriana –cuerpos menudos y sarmentosos, teces negras, dientes ebúrneos. Tras ellos, los mulitos, campanilleando, cargados con los costales de cebada rubia, recién aventada. Todo el pueblo de ambos sexos estaba en las eras trabajando nerviosamente, porque en tal época son inminentes las lluvias y puede fermentar la cosecha si no se la recoge pronto.

Sobre el horizonte asoma su hombro negro una nube redonda, torva, maléfica, mágica, y con ella, un extraño dramatismo en el paisaje. De repente entra por el umbral una tolvanera que enciende la tiniebla con innumerables lucecitas áureas: las menudas pajas que revuelan y ciegan. Poco después otra ráfaga y otra. Caen unas gotas gruesas que estallan sobre el polvo del camino. Los transeúntes avivan el paso. Las gotas menudean, y un trueno gigante retumba. La nube cubre el horizonte. Llega a la carrera, en un galope triunfal, como si dentro de ella un Dios bárbaro viajase. Llueve. Las gentes pasan corriendo. El chubasco arrecia. Otro trueno parece machacar las vegas. Un rayo da su latigazo a los caballos aéreos de la nube. La tolvanera no deja ver nada, y súbitamente entra una bocanada de hombres y mujeres que buscan recaudo en el zaguán. Risas, gritos, orgía espontánea de rurales. En el quicio de la puerta, a contraluz, queda una moza. El refajo rojo se abraza a sus caderas, y una cham-

bra blanca se hincha, como una vela, bajo el doble viento elástico de sus senos. Es rubia, como la cebada, y de ojos azules, como hontanares. Se apoya en una pierna, y la otra deja un anca peraltada, sobre la cual hace descansar un harnero que retiene con el brazo.

Entre los gritos se oye la voz silbante de una vieja, con faz rugosa y negra, ojos de sibila, que dice indecencias, exaltada por la aventura, electrizada por el rayo y la aglomeración. Habla de las habas del país, y sus pupilas ven en el aire los Príapos, que eternamente presiden las recolecciones. La moza del umbral sonrío al oírla como disolviendo y anulando, a fuerza de esencial virginidad, la lúbrica alusión. Es tan bella y tan virgen, que yo resuelvo adorarla bajo la advocación de Nuestra Señora del Harnero. La tormenta cede, las tolvaneras se apaciguan. Llegan un frescor liento que sabe a paja y a nube. Salen algunos del zaguán. Vuelven a oírse las campanillas de los mulitos romos, y un rayo nuevo de sol se enreda en el cabello de la virgen. Al *crescendo* sinfónico del meteoro sigue un suave *diminuendo*. El paisaje vuelve a su compás. Y yo tomo de nuevo el camino.

Al atardecer, desde un carrascal, diviso Barahona de las Brujas. Sobre la llanada —una de las más elevadas de España— se alza un cerrillo cónico. En su cúspide la iglesia otea el contorno, y bajo ella, arrebuja el cerro, se agarra el caserío. Al entrar en él me sorprende hallar su vecindario demente. En un tropel apretado corre de acá para allá, mirando a lo alto. Es un pueblo alucinado y alucinante. ¿Qué poder elemental lo ha sobrecogido? Va como siguiendo una aparición aérea, una lengua de fuego como las de Pentecostés...